



Rospocher, Massimo, *Il papa guerriero. Giulio II nello spazio pubblico europeo*, Bologna, Il Mulino, 2015, 392 págs., ISBN: 978-88-15-25350-7.

Entre la fascinante galería de pontífices y prelados identificados con el *renacimiento* —una categoría historiográfica más hija del pensamiento burgués y tardo ilustrado de Michelet, desarrollado por Burckhardt, que del determinismo florentino de la *rinascità* estética proclamada por Vasari—, la figura de Julio II —Giuliano della Rovere— ocupa, sin duda, un lugar central. Solo podría oscurecerlo la sombra de su gran antagonista y predecesor, Alejandro VI —Rodrigo de Borja—. Pero si la imagen negativa de éste sigue poblando la imaginación de los menguantes sectores cultos a pesar de la notable reconstrucción histórica de los últimos años, la que envolvió con no menor intensidad al papa Della Rovere se ha visto desbordada por su ingente mecenazgo. El pontífice guerrero por excelencia, que desató las más feroces críticas de Erasmo y Lutero, puede redimir sus culpas en la imagen reduccionista de las masas que aún sigan leyendo, al ser también el grandioso patrón de Bramante, Rafael y, sobre todo, Miguel Ángel. El brillo narrativo de las Estancias del Vaticano y el que, fundido con el simbolismo neoplatónico, desprende la bóveda de la Capilla Sixtina, parecen diluir con su armonía épica, de ambición universal, el resplandor efímero y local de las armas. Estas siguen alzadas, sin embargo, en un creciente número de historiadores que están volviendo a acercarse a las Guerras de Italia para descubrir nuevos desafíos a la conciencia contemporánea que obligan a superar convenciones tan antiguas como las de la crítica reformada a la Iglesia o tan recientes como la presunta *revolución* militar inoculada por cierta historiografía anglosajona. La emergencia de categorías más acordes con la realidad conceptual de la época, a partir de la corte como arena del poder y crisol de las palabras, imágenes y espacios que no solo expresaban su esplendor, sino que construían el consenso, hacen que se relativicen conceptos tan discutibles como el de propaganda, eludido —muy acertadamente, a nuestro juicio— por el autor del libro que ahora comentamos.

La obra de Massimo Rospocher es la culminación de años de trabajo de este historiador formado en su Trento natal a la sombra del Istituto Storico Italo Germanico y luego en la Universidad Europea de Florencia, donde presentó el texto original de esta obra como tesis de doctorado. De hecho, el volumen sigue reflejando ese origen en cierto esquematismo, no exento de reiteraciones. Su objetivo, según declara el autor, es redefinir el concepto de espacio público para comprender mejor un “período de transición en la historia de la comunicación” en el que la divulgación de la imprenta convive con la pervivencia de la comunicación oral y manuscrita, junto a una eclosión iconográfica a todos los niveles. Esta no merece, sin embargo, la atención que cabría esperar en un estudio sobre la imagen del Papa de las Estancias y la Sixtina. El autor prefiere escoger sus ejemplos de la ilustración impresa que, más humildemente, complementa los testimonios literarios prioritariamente seleccionados. Entre ellos destacan los documentos referentes a la continua actividad bélica

del pontífice, auténtico eje de su memoria posterior y, al parecer, de su imagen más inmediata, aunque, como el mismo Rospoche reconoce en los escasos momentos en los que se acerca a las más altas realizaciones del pontificado, como cuando se detiene brevemente en el fresco rafaelesco de *La expulsión de Heliodoro*, el mensaje pontificio desborda el de un manifiesto político ligado a la contingencia –frente a la lectura de Peter Burke, criticada implícitamente y con razón– para convertirse en la imagen más acabada de la concepción político-eclesiológica de todo el pontificado. Pese a esos prometedores comentarios, en la obra prima, sin embargo, el análisis de la difusión *popular* de textos justificatorios o críticos con la acción del Papa. Con todo, lo más grave es que, como sucede con otros autores encerrados en la tradición comunal del Norte de Italia, los conflictos del período se abordan de un modo demediado. Se diría que los franceses cruzaban los Alpes para combatir con un fantasma, dado que apenas hay referencia a su principal antagonista, la nueva Monarquía de España forjada por los Reyes Católicos y, sobre todo, el gran monarca aragonés –ese Fernando el Católico escandalosamente escamoteado en nuestra propia patria al cumplirse el V centenario de su muerte– sin el que no pueden entenderse las grandes decisiones políticas de Julio II, más allá de su pugna con las pequeñas señorías locales. Quizás, si el autor hubiera paseado más por las Estancias de Rafael, en lugar de limitarse a perseguir grabados por las bibliotecas septentrionales, habría descubierto la imagen idealizada que, en uno de esos espacios donde culmina la verdadera “comunicación política” del pontificado, presenta a Fernando el Católico como campeón de la Cristiandad.

Resulta asombroso que una obra de esta envergadura metodológica ignore el reciente desarrollo de los estudios sobre la *Italia española*. Gracias a sus nuevas aportaciones podemos comprender las tramas de intereses familiares y dinásticos encerrados tras las solemnes declaraciones papales en defensa de la *libertas Ecclesiae* y la *libertas Italiae*, como demuestran los trabajos imprescindibles de Álvaro Fernández de Córdoba, que Rospoche parece desconocer. No menos grave es la falta de una explicación del desarrollo de *Pasquino*, más allá de esporádicas referencias a su elocuente silencio o su complacencia con el Papa, culminantes en abierta apología con la primera edición impresa de sus sátiras en 1510. Asimismo, Bolonia, Ferrara y Venecia, elegidas como “puntos de observación” de la crítica antipapal, no deberían actuar como freno para el análisis de otras realidades no menos relevantes. ¿Qué ocurre con Florencia, eje de la política italiana, con Milán, disputada por Luis XII y los Sforza, con la patria ligur de Julio II, en permanente crisis bajo el Rey Cristianísimo, y no digamos con Nápoles, centro de un poder español que desde 1511, gracias al Papa y a las armas del virrey Ramón de Cardona, se proyectaría por primera vez en el Norte de Italia? ¿En el orden intelectual, dónde está el análisis de una figura decisiva como Egidio de Viterbo, protagonista del V Concilio de Letrán –cuyas sesiones apenas se mencionan– y responsable, según todos los indicios, de programas iconográficos como el de la Capilla Sixtina? ¿Dónde está la propia corte pontificia? Esa corte era a su vez una constelación de cortes cardenalcias y principescas, ejes de extensas clientelas familiares y políticas, que darían lugar a una rica literatura sobre el esplendor cortesano, como reflejó en 1510 Paolo Cortesi con su *De cardinalatu* –clamosamente ausente en la obra de Rospoche– y en la que revestía una importancia creciente la presencia de embajadores de toda la Cristiandad, todo ello igualmente ignorado, o eludido, en este libro. A la sombra de cardenales como Bernardino López de Carvajal y Sande –otra de las ausencias injustificables– se desarrollaría una

abundante publicística y una decisiva labor teatral y predicadora, esenciales en los géneros elegidos para su análisis en esta obra. Dada la calidad de la investigación realizada y el indudable valor de sus contribuciones al conocimiento de un periodo y una figura decisivas, resulta aún más lamentable la falta de perspectiva del autor a la hora de reconocer lo trascendente frente a lo circunstancial. Este libro encomiable en muchos aspectos sería aún mejor si hubiera partido de la evidencia de que no es posible entender la actuación del polémico Giuliano della Rovere sin tener en cuenta al reino de Nápoles y, sobre todo, a esa emergente Monarquía de España silenciada por Rospocher para conceder un sorprendente protagonismo a la lejana y aún marginal Inglaterra.

Carlos José Hernando Sánchez
Universidad de Valladolid (España)
carlosjh@hmca.uva.es